

Ejemplo: Reflexión conjunta a través del diálogo

En nuestra comunidad educativa, llevamos a cabo una reflexión profunda sobre la necesidad de comprender y abordar el Trastorno del Espectro Autista (TEA) para mejorar nuestras prácticas pedagógicas y los procesos de enseñanza-aprendizaje. Desde el inicio, surgió un malestar generalizado entre las educadoras, evidenciando comentarios como "no somos diferenciales", lo que reflejaba una resistencia a asumir la responsabilidad de esta problemática. Sin embargo, nuestras discusiones revelaron la importancia de la formación continua y cómo esta podría beneficiar a todos los niños y las niñas en el aula, creando un entorno inclusivo y equitativo.

Durante nuestras conversaciones en las Comunidades de Aprendizaje de Unidad Educativa (CAUE), discutimos diversas inquietudes y generamos propuestas concretas. Acordamos que, como educadoras y técnicos en educación, nuestra misión es promover un entorno inclusivo que respete la diversidad y potencie el bienestar de cada niño y niña. Esto implica no solo reconocer el rol central que tenemos en la construcción de una cultura de convivencia, sino también comprender cómo nuestras prácticas pedagógicas pueden impactar el aprendizaje y el desarrollo social y emocional de nuestros niños/as.

Desde la perspectiva de la teoría constructivista, entendemos que el aprendizaje es un proceso activo en el que los estudiantes construyen conocimiento a través de la interacción con su entorno y con otros. Esta teoría subraya la importancia de las experiencias previas de los estudiantes, lo que nos lleva a considerar cómo las características del TEA pueden afectar su interacción y aprendizaje en un contexto grupal. Al adoptar un enfoque inclusivo, garantizamos que todos los niños y niñas, independientemente de sus capacidades, tengan acceso a experiencias de aprendizaje significativas y enriquecedoras.

Decidimos articular una red de apoyo con el Centro Comunal de TEA de Playa Ancha, gestionando una capacitación para nuestro equipo educativo en el primer semestre. La necesidad surgió debido a las dificultades que experimentábamos al intentar adecuar las prácticas pedagógicas. Un argumento que mencioné fue: "Necesitamos más herramientas para entender cómo apoyarlos en el aula". Sin embargo, algunas compañeras mostraron aprensión contraargumentando que: "No somos especialistas en educación diferencial, esto no debería ser nuestra responsabilidad". Tras dialogar pude argumentar que: "Es parte de nuestro rol como educadores ofrecer una educación inclusiva". Frente a esto, un contraargumento que surgió fue "Pero, ¿cómo haremos ajustes si no tenemos el tiempo suficiente para preparar adecuaciones?". Finalmente, logramos consenso sobre la necesidad de formarnos continuamente para mejorar nuestras prácticas. Esta capacitación no solo nos permitió profundizar en la comprensión del TEA, sino que también nos brindó herramientas prácticas para adaptar nuestras metodologías y estrategias de enseñanza y contención ante posibles desregulaciones de los niños/as con TEA. Agendamos otra capacitación para el segundo semestre y recibimos apoyo en la elaboración de material educativo para las familias, reconociendo que su participación es clave para el éxito de

nuestros estudiantes. En el proceso surgió la hipótesis: "Si nos capacitamos, mejorará el ambiente y los aprendizajes de todos, incluidas nosotras."

Así, también vimos la necesidad de incorporar fundamentos de la educación inclusiva, que sostiene que todos los estudiantes tienen derecho a recibir una educación de calidad que responda a sus necesidades individuales. Esta perspectiva se basa en el modelo social de la discapacidad, que enfatiza que las barreras al aprendizaje y la participación no son inherentes a los estudiantes, sino que surgen de las estructuras y actitudes de la sociedad. Incorporamos elementos de la ley de inclusión para conocerla en mayor profundidad (Ley 20.845 del 2015).

Durante las reuniones de seguimiento, observamos un cambio significativo en nuestras creencias y en nuestra disposición a asumir la responsabilidad de nuestra misión como educadores. Este enfoque colaborativo, fundamentado en teorías de inclusión educativa y aprendizaje constructivista, ha transformado nuestras prácticas y enriquecido el aprendizaje en el aula. Nos dimos cuenta de que al formar un entorno educativo inclusivo y diverso, no solo beneficiamos a los estudiantes con TEA, sino que también fomentamos un clima de respeto y empatía que enriquece la experiencia de aprendizaje de todos los niños y niñas.

Por último, la reflexión conjunta sobre nuestras prácticas pedagógicas nos ha permitido reconocer que la formación continua es parte de nuestra responsabilidad profesional. Hemos aprendido a cuestionar y reflexionar sobre nuestras acciones, lo que nos impulsa a mejorar y a adaptarnos a las necesidades de nuestros niños y niñas. Este compromiso con la formación y la mejora continua es esencial para garantizar que todos los niños y niñas tengan acceso a una educación inclusiva y de calidad, donde puedan desarrollar sus habilidades sociales y emocionales en un ambiente seguro y respetuoso. En este camino, seguimos avanzando, fortaleciendo nuestra comunidad educativa y el aprendizaje de cada uno de nuestros niños/as, entendiendo que los procesos en educación son largos pero que ya comenzamos a observar avances significativos.